

¿QUIEN VIVE AHÍ?

Siempre he tenido curiosidad, aunque se me pueda tachar de cotilla, por conocer quién se ha alojado en la habitación del hotel que por suerte me toca cada vez que me alojo, solo o acompañado.

Tiene su morbo, y por su puesto su intriga. ¡Si las paredes hablaran, qué historias nos contarían!

Cuando al recepcionista, después de hacer el obligado *checking* te dice con voz amable: Ahí tiene la llave de su habitación, es la número... ¡qué importa! Siempre me viene a la memoria la misma pregunta, ¿quién ha estado alojado antes que yo en esa habitación?

La respuesta no tendría más importancia a no ser porque desde hace tiempo estoy tratando de recomponer la historia de esas habitaciones anónimas, pero llenas de una vida tan efímera que prácticamente no dio tiempo a ocuparlas. Dejar las maletas, organizar el armario y salir a hacer turismo, o reuniones de negocios según convenga.

Otras veces sus ocupantes se atrincheraron literalmente en la habitación, colgando el letrero de no molestar, y dejándolo durante horas, días... sin salir de ellas, con la bandeja en el pasillo lista para ser retirada y repuesta.

Pero, ¿quién vive ahí? Personas de alta alcurnia, famosos, desconocidos, anónimos, gente corriente, como tú o como yo, gente que solo quiere pasar desapercibida, descansar, hacer turismo, o huir... porque también el hotel es el refugio de soñadores y frustrados.

¿A quién no le gusta, aunque sea por unos instantes conocer la historia de todas las personas que le han precedido? Nombres y apellidos guardados celosamente en los archivos. Días de estancia, régimen de alojamiento, extras, servicios contratados, y un largo etcétera.

Habitaciones con solera, reservadas a clientes vips, exteriores e interiores, suites o simples. Mi curiosidad iba en aumento conforme el ascensor se acercaba a la planta séptima. Le había pedido al recepcionista que me diese una habitación interior, en la que poder estar aislado del ruído de los insoportables coches que desde horas tempranas circulan por la concurrida avenida.

Maleta en ristre, me dirigí con paso lento, mientras buscaba en el laberinto de pasillos la flecha correcta que me indicaba el número de la habitación. La moqueta todavía no había padecido los efectos de la molesta aspiradora que despierta a los inquilinos de su descanso, después de una jornada agotadora o de una juego interminable.

Me tropecé con el carro lleno de toallas y albornoces, botes de gel, champú, peines, y un sinfín de productos con los que se atiborran en los hoteles de lujo las encimeras de cuarto de baño. Al pasar junto a aquel pude ver la habitación abierta. En su interior la sombra de una persona que por los movimientos que hacía supuse que estaba haciendo la cama. Empecé a ponerme nervioso conforme me acercaba a mi habitación. Con la tarjeta en la mano me dispuse a introducirla en la ranura. Por un momento dudé en seguir. ¿Quién había estado ahí la noche anterior? No quería sorpresas ni malos rollos, únicamente descansar, pero pese a los

intentos no podía dejar de pensar en sus anteriores ocupantes. Quizás llevaba tiempo sin estar habitada. Dicen que los hoteles tienen habitaciones de misterio o gafadas, en las que se han producido delitos, asesinatos, o tramas conspiratorias contra políticos o empresarios, famosos o como ahora se dice influyentes, que suena mejor que *influencers*.

Y, en esta habitación, ¿qué ha podido ocurrir? Todo un misterio por descubrir. Cuando abrí la puerta todo empezó a tener lógica. Como no podía ser de otro modo, en la habitación no había nadie, únicamente el olor del ambientador que alejaba olores de anteriores huéspedes.